

EL ARTÍCULO DE PERIÓDICO Y ESTA ANTOLOGÍA

El artículo es la pieza que enlaza el periodismo de principios y de finales del siglo XX. El periodismo cambió mucho en cien años: mejoró especialmente su capacidad de informar en espacios de tiempo muy breves a partir de la producción del suceso desde cualquier parte del mundo, con profusión de detalles, imágenes en movimiento, voces reales, precisión literaria. La noticia del asesinato de Kennedy, en 1963, marcó el inicio de la nueva era de la transmisión urgente de noticias; se dijo entonces que en poco más de tres minutos ya había llegado a las redacciones de medio mundo a través de las agencias de prensa. Hoy estamos ya en otra dimensión: las noticias llegan en menos de tres minutos a los hogares a través de la televisión, la radio e internet. El periodismo se ha acercado lo más posible a la simultaneidad en la transmisión, algo que no puede conseguir sólo por la imprevisibilidad de los sucesos, ya que el desarrollo tecnológico se lo permitiría.

Pero en esta explosión de celeridad informativa, el artículo permanece. Forma parte también de la esencia del periodismo, que consiste en informar y en explicar. Hace el papel de la interpretación y del testimonio. Ha sido necesario para ayudar a entender la realidad, y siempre lo será. El artículo es también una de las formas de canalizar la expresión de las opiniones, actividad que forma parte de la indispensable comunicación pública. Y es asimismo una contribución literaria en la vertiente lúdica del periodismo. Interpretación, testimonio, opinión, distracción, placer, todo eso es o puede ser un artículo, y también información.

Los periódicos de principios de siglo también rivalizaban, como los de hoy, en firmas de colaboradores. Y eso ha permitido que los grandes escritores, aspirantes a la eternidad, hayan pasado casi sin excepción por las páginas de un producto que se hace viejo en horas. Muchos escritores encontraron en el periódico un medio de subsistencia para complementar la magra renta que les dejaba el libro. Otros ensayaron en él los textos que pensaban editar después. Hubo otros que ejercieron de líderes de opinión, desempeñando una tarea propia del periodismo sin ser periodistas (o siendo, por ello, periodistas). Y muchos

periodistas dotados de una excelente pluma y obstinados con la perfección dejaron —y dejan— en los periódicos exquisitas muestras del mejor periodismo y de la mejor literatura.

A la vista de ciertos artículos carece de sentido la diferencia entre literatura y periodismo. ¿No era periodista Ortega y Gasset cuando escribía los editoriales de *El Sol* o publicaba artículos pegados a sucesos trascendentales y que causaban un amplio impacto social? ¿No eran literatos de primera los periodistas Fernández Flórez y González-Ruano cuando improvisaban sus insuperables crónicas en el pupitre del Parlamento o en la mesa del café? ¿Es que Delibes, un periodista de los pies a la cabeza, deja de serlo cuando escribe artículos con el estilo literario que le ha consagrado? Decía Karl Kraus que «los pintores de brocha gorda no han corrompido tan a fondo el gusto por la pintura como los periodistas el gusto literario». Se podría afirmar lo contrario, con muchos ejemplos: es decir, que los periodistas han ensanchado el gusto literario (aparte de que hay pintores de brocha gorda que hacen estupendamente su trabajo y ayudan a nuestra comodidad), y sin desconocer que el lenguaje periodístico adolece muchas veces, sobre todo en la primera mitad del siglo —porque el periodismo ha mejorado—, de la calidad imprescindible.

La prensa española del siglo XX es un monumento de la literatura urgente que es el artículo (y algunas de sus vertientes, la columna, la crónica personal, el análisis). Ofrece prodigios de calidad literaria porque por sus páginas han pasado todos los buenos escritores y porque muchos periodistas han manejado el lenguaje con maestría admirable. Este es el principal problema con el que choca una antología como la que aquí he realizado, pues estando limitada a cien originales no puede contener todas las grandes plumas de un siglo. En esta selección figuran escritores de la talla de Azorín, Baroja, Benavente, Delibes, Machado, Marañón, Mihura, Pemán, Galdós, Sender, Umbral, Unamuno, Valle-Inclán y Vargas Llosa. Pero no han podido entrar Alberti, Ayala, Castillo Puche, Cela, Chacel, D'Ors, Gala, Jiménez Lozano, Martín Gaité, Miró, Sánchez Dragó, Sánchez Ferlosio, a pesar de haber escrito mucho en los periódicos algunos de ellos, a pesar de ser algunos —podría añadir— conocidos o amigos míos.

Pero en esta antología no he reunido sólo piezas distinguidas por su calidad literaria, sino que he incluido también otras representativas de distintos méritos y utilidades: su importancia como documento histórico, el eco que alcanzó, sus consecuencias, su singularidad, su originalidad como pieza de periódico que define a un personaje, un estilo o una moda. El artículo de Franco (firmado con el seudónimo Hakin-Boor) que el lector encontrará no es un modelo literario, pues el dictador que gobernó desde el golpe de Estado de 1936 hasta 1975 escribía con estilo burocrático y romo —no tenía un *negro*, o el *negro* no era muy recomendable—, pero es un artículo revelador de sus obsesiones y del clima político de ese tiempo. Tampoco destacan por sus valores literarios los tex-

tos de Sabino Arana y otros autores, pero el objetivo final de la antología ha sido reflejar el carácter de un siglo en España en un puñado de piezas significativas. Con la lectura de los cien artículos se repasa la historia política y social de cien años convulsos y emocionantes y se puede apreciar el estilo de vida, se entienden los motivos de preocupación, se asiste al progreso de un siglo, desde las horribles cárceles para niños que espantan a Colombine en 1902 hasta el nacimiento de la democracia en el último cuarto de siglo, explicado y definido por Vicent, Cebrián, Madariaga, Suárez, Juan Carlos de Borbón o Calvo Sotelo.

En las páginas que siguen hay artículos que podrían ser tenidos por imprescindibles para entender la realidad del momento en que fueron escritos. En este apartado pueden ser incluidos (cito por orden cronológico) los de Lerroux, Maragall, Ortega, Marañón, Pujol, Azaña, Anson, Calvo Serer, De la Cierva, Marías, Umbral, Savater y otros más. Otros artículos serían prescindibles para algunos. Es lo que tienen las antologías, que son una selección comprometida que nunca provoca la unanimidad. Pero todos los artículos aquí publicados son significativos por una u otra razón, incluida la de que sean el reflejo de un estilo o de un hacer profesional.

El libro está pensado para los amantes de la comunicación y del periodismo —sean profesionales, estudiantes, aficionados o curiosos—, para los amantes de la cultura y para los amantes de la literatura. Porque el libro da noticia, invita a repasar un siglo tan lleno de acontecimientos y permite una lectura sugestiva y a veces, pienso, apasionante. Umbral ha definido el artículo como «el solo de violín del periodismo» y «el soneto del periodismo». Está muy bien dicho. Los artículos son notas de calidad (por su estructura, o por su oportunidad, o por su influencia) en medio de la escritura urgente del periódico. No quiero recurrir a la imagen fácil de comparar una selección de artículos con la seducción de un concierto o el hechizo de un racimo de poemas. Simplemente he pretendido reflejar el clima del siglo en unos textos de periódico que han merecido, en mi opinión, alcanzar una mayor permanencia. Esté o no el lector del todo conforme con la selección, lo que deseo es que le sea atractiva y útil.

Para la realización de esta antología, que ha obligado a muchas horas de investigación, búsqueda y lectura, he contado con la inteligente ayuda en trabajos de documentación de Ignacio Sinova Molinero, licenciado en Humanidades. Los errores que encuentre el lector son, por supuesto, únicamente míos.